



OTOÑO DE 1989: UN DESAFIO PARA LA IGLESIA

JAN CHRAPEK

1. *El hundimiento de un sistema impuesto*

La expresión «otoño del 89» entrará ciertamente para siempre en las descripciones históricas, como fecha que marca un giro de suma importancia tanto para Europa como para los demás países. En ese otoño, en efecto, los pueblos y las naciones de la Europa central y oriental, despertados por el valiente servicio pastoral del Santo Padre Juan Pablo II, hallaron la fuerza y el valor necesarios para proclamar públicamente ante esa «bestia apocalíptica» llamada «sistema del comunismo marxista»: *non serviam tibi!*

En aquella parte de Europa se había descubierto ya desde mucho antes el verdadero rostro del marxismo, que prometía a la gente el paraíso en la tierra. Sus promesas alienaban año tras año a sus seguidores, obligados a la observancia de esa pseudoreligión en todas aquellas realidades sociopolíticas que el marxismo ha inventado en nombre de una filosofía que pretendía construir un dios, recrear al hombre y transformar el mundo. Hoy, después de largos años de inútiles esfuerzos de Sísifo del ídolo marxista, es ya evidente para todos que el mismo marxismo es sólo un ídolo con los pies de barro nacido de los falsos presupuestos del racionalismo ilustrado, y nutrido durante años con la sangre de sus seguidores perseguidos y rebeldes, que había construido entorno a sí el mito de ser una fuerza omnipotente. Para todas esas cosas encontró ayuda el marxismo en la ingenuidad intelectual y política de muchos ciudadanos del llamado «mundo libre», que lo miraban a veces con admiración y otras veces con miedo.

Hoy somos testigos del lento morir del comunismo como ideología oficial de muchos países y naciones. En diversos Estados los partidos co-

munistas se están, de hecho, disolviendo, y reniegan de su responsabilidad por los errores y los daños cometidos. Sin embargo, a pesar de esto, aún experimentamos y seguiremos experimentando por largo tiempo las destructoras consecuencias del sistema marxista. Tendremos que curarnos de ellas todavía durante mucho tiempo. La crisis causada por la caída del comunismo en los países del «socialismo real» se deja sentir en los diversos campos de la vida, y sus consecuencias se advierten muy drásticamente en la esfera de las actitudes y de los comportamientos humanos.

La tragicómica agonía del comunismo y de su religión atea es signo de la propagación de la crisis del sistema de pensamiento a partir del cual, como simple consecuencia práctica, se desarrolló. Vale la pena recordar estas cosas hoy en día, cuando, una y otra vez, vemos organizar en los países de la Europa Occidental «solemnes funerales por la concepción comunista del mundo», durante los cuales los oradores pronuncian hermosos discursos mostrando la fealdad y la necedad de la ideología a enterrar. Parece, en ocasiones, que actuando de ese modo quisiéramos liberarnos de toda responsabilidad ante el hecho de que, ante nuestros ojos y con nuestro permiso —lleno de ingenuidad intelectual—, se haya desarrollado en el corazón de la vieja Europa un sistema de pensamiento capaz de constreñir y de confundir las mentes de muchas personas con sus fáciles promesas de progreso y de justicia para todos y de ilimitada libertad para el hombre, que puede llegar a ser un dios para sí mismo y para el mundo.

Al observar ahora, incluso con cierta vergüenza por la propia ingenuidad, la muerte del «ídolo» de nuestro tiempo, debemos no sólo tenerlo siempre mentalmente presente sino sobre todo saber transmitir a las generaciones futuras que el sistema de poder comunista, aunque se autodenominase progresista, ha bloqueado la historia. Al introducir en el puesto de la propiedad privada la propiedad totalitaria del Estado gobernado bajo el monopolio de un solo partido, ha terminado alienando también a la sociedad. Pero no ha sucedido sólo eso, sino que en nombre de la libertad de conciencia introdujo también la más grande de las esclavitudes. El dogmatismo ideológico unilateral ha congelado después el desarrollo de un pensamiento independiente y creativo. La dialéctica, entendida como medio para conocer el mundo y como fuerza motora del progreso, se ha convertido en causa de violencia y de juegos políticos y ha eliminado el diálogo, factor indispensable para construir una comunidad humana y para vivir en relación responsable con el mundo.

La ideologización, la instrumentalización de todo y la mentira como medio de propaganda no sólo han destruido las relaciones humanas, sino

que, sobre todo, han hecho imposible el conocimiento objetivo de la realidad.

La época que está muriendo se ha caracterizado por un racionalismo ilustrado mezclado con elementos mesiánicos y paneslavistas lleno de un optimismo superficial, que ponía al hombre en el centro de su campo visual y trataba de comprenderlo y de hacerlo feliz apartándolo de la trascendencia, esto es del único horizonte en el que se puede entender al hombre y dar la orientación justa a sus intereses y a su desarrollo. Como ya he dicho, el comunismo como sistema filosófico-político es en cierto modo una consecuencia directa de ese modo de pensar. Su agonía, nacida de la incapacidad de llevar a cabo sus promesas, contiene un importante mensaje para todo el mundo contemporáneo, que experimenta infinitas contradicciones, temores y nostalgias.

No es necesario ser unos agudos observadores de cuanto ha sucedido en los países del llamado «socialismo real», para comprender que estamos en el comienzo del final del comunismo como sistema de ejercicio del poder. Es cierto que hay quienes se preguntan si no se tratará sólo de una ulterior oscilación de la historia, que quizá vuelva al punto de partida y bajo formas todavía más arbitrarias. Pero, aunque no podamos excluir que hombres crecidos en la ideología puedan tratar de recuperar el poder perdido, es claro que en la Europa oriental nadie cree ya que este sistema de poder tenga alguna posibilidad de subsistir entre nosotros. Al mismo tiempo, sin embargo, podría suceder que en otras partes del mundo, allí donde los sistemas sociales exigen cambios radicales, algunos ingenuos utopistas pudieran ser inducidos a ver en el comunismo un remedio para sus difíciles problemas sociales, tanto por incapacidad para extraer conclusiones de los sucesos europeos como por ignorancia de la efectiva realidad del comunismo.

Las sociedades que habitan en los países de Europa oriental saben bien que el comunismo no resuelve ningún problema social. Saben también que los últimos decenios —testigos de dolorosas heridas provocadas en el organismo vivo de enteras naciones—, son un periodo suficientemente amplio como para demostrar que se trataba de un sistema equivocado. Estas sociedades están, por tanto, convencidas de que éste es el fin del comunismo como doctrina, ya definitivamente desacreditada.

Conviene, al mismo tiempo, recordar que ese sistema no fue elegido por aquellas sociedades, sino que le fueron entregadas como consecuencia de circunstancias históricas y a través de la utilización de la violencia militar. Las ideas comunistas eran, de hecho, profesadas y propagadas de ma-

nera intelectualmente honrada sólo por pocas personas. Los tanques del Ejército Rojo y los comisarios políticos soviéticos impusieron con la fuerza el comunismo a las masas. Los comunistas idealistas nunca lograron convencer a esas masas del valor de sus ideas, ni alcanzaron a tomar el poder de manera democrática. Además tampoco tenían argumentos convincentes para demostrar que el comunismo eliminaría las desigualdades sociales y la opresión, y que traería una esperanza de bienestar. Las ilusiones de un futuro luminoso nunca andaron a la par con la realidad y con la experiencia concreta de los hombres que vivían bajo el sistema comunista. El tiempo ha destruido todas las ilusiones, y ha demostrado ampliamente que no es posible dar felicidad a las masas si no cuenta la persona singular. Esto no significa, por desgracia, que el comunismo no haya obtenido un limitado consenso en estas sociedades, sobre todo entre aquellos que querían hacer carrera o se contentaban con la denominada «pequeña estabilidad», al precio de los valores éticos.

La íntima desconfianza de la sociedad hacia las formas comunistas de poder era, sin embargo, casi general, difundida también incluso entre los que sacaban algún beneficio de los diversos elementos del sistema. En la base de esa desconfianza estaba no sólo la imposición violenta de la situación, sino también la fractura entre la teoría y la realidad respecto al ejercicio del poder por la «clase obrera»: el poder era ejercido por la nueva élite comunista, carente de toda legitimación social. Por eso, al menos en Europa oriental, el comunismo nunca ha sido íntimamente aceptado, ni se ha enraizado con profundidad en la vida pública de las sociedades y de las naciones.

2. *La acción pastoral de la Iglesia bajo el sistema comunista*

El rechazo de la ideología comunista deriva también del hecho de ser extraña a la mentalidad de los pueblos europeos educados en la cultura cristiana, y de haber sido frenada desde el inicio por el inteligente trabajo pastoral de la Iglesia en Polonia.

La Iglesia católica polaca, a pesar de numerosas dificultades, limitaciones y persecuciones, ha buscado siempre en su historia milenaria permanecer al lado del pueblo, compartiendo alegrías y sufrimientos, preocupada siempre por su destino, por su presente y su futuro, pero sobre todo manteniendo siempre en el corazón su fe en Jesucristo. De modo particular durante la guerra y la inmediata postguerra la Iglesia se dispuso a combatir en defensa del pueblo, cuando el sistema comunista se esforzaba en

doblegarlo ante la idea del internacionalismo totalitario marxista, y en privarlo de los derechos humanos, especialmente de aquellos valores morales y trascendentes que son el fundamento del desarrollo pleno de la persona y de la construcción de las auténticas relaciones sociales.

Después de la II Guerra mundial, que provocó la destrucción material de la nación y permitió la posterior introducción de una ideología extraña a la mentalidad de los polacos, la Iglesia quiso ser por encima de todo una fuerza espiritual para el pueblo. Fuerte en la fe en Jesucristo, la Iglesia hizo de todo para alimentar la esperanza y para defender con todos los medios a aquellos que, deseosos de conservar las propias convicciones y la propia dignidad personal, no aceptaban el nuevo sistema político y social impuesto con la fuerza.

Buscó también la Iglesia mantener en la vida de la nación el puesto y el papel que le vienen de la misión recibida de Cristo. Y esto lo realizó sin ceder nunca, a pesar de las pruebas y las persecuciones. De ese modo logró ganarse la confianza del pueblo y pudo así transmitirle su propia riqueza espiritual, recogiéndolo bajo la especial protección de la Virgen Negra de Czestochowa, Reina de Polonia.

Esa tarea espiritual, que ha sido al mismo tiempo de unificación nacional, se llevó a cabo, por una parte, en medio de un clima de reconstrucción material de un país destruido por la guerra y, por otra parte, frente a la permanente dificultad de actuar bajo un régimen comunista fuertemente antirreligioso. El continuo enfrentamiento con esa situación obligaba a los creyentes a repensar y replantear cada día sus propias actitudes y el modo de vivir su fe. La comprensión de que el comunismo combatía contra una falsa imagen de Dios, una imagen deísta separada de la realidad, provocaba en la Iglesia la viva responsabilidad de defender la verdadera imagen de Dios, Redentor en Cristo del hombre, solidario con él, siempre a su lado. La fe firme y profunda en Jesucristo victorioso, en el Hombre-Dios hermano de los hombres y garante de su destino eterno, estaba también constantemente presente en los corazones de muchos de nuestros hermanos de los otros países del Este. Esta misma convicción mantuvo siempre viva la esperanza e impulsaba a buscar continuamente soluciones sociales conformes con el espíritu cristiano, sin recurrir a la violencia, que es el instrumento de la dialéctica marxista.

En la segunda fase de la confrontación con el comunismo la Iglesia polaca se ha esforzado en crear un espacio de libertad para todos los que, en nombre del verdadero valor del hombre, deseaban estar presentes en la esfera cultural, económica y social. Al mismo tiempo les ha sostenido

en su camino hacia la consecución de una adecuada experiencia democrática, y les ha animado a tomar iniciativas socio-políticas concretas. En otras palabras, la Iglesia, con su trabajo pastoral durante este periodo, ha buscado sobre todo despertar la autoconciencia nacional, liberando a la gente de la pesadilla del miedo y de la esclavitud e invitándola a hacerse responsable en cosas concretas de su propio destino. También por este motivo muchas iniciativas sociales, culturales y políticas se han llevado a cabo durante este periodo en el ámbito intraeclesial: recordemos, por ejemplo, las semanas de cultura cristiana, las lecciones sobre la verdadera historia, sobre la verdadera literatura, sobre la verdadera tradición polaca, los cursos de ética social,...

Hoy en día la situación es completamente nueva. La Iglesia está obligada, por tanto, a revisar su modo de presencia frente a las actuales condiciones sociales y a la nueva conciencia individual de los polacos, que quieren estar creativamente presentes en la vida pública. El anterior periodo ha dejado abiertas muchas heridas en el entero organismo social, allí donde su sistema político fue impuesto.

Un observador de la escena que ofrece Europa oriental podría quedar sorprendido por las universales expectativas que se observan en sus distintas sociedades en relación con las respectiva Iglesia local. En realidad, durante los últimos 45 años la «fuerza» y el papel social de la Iglesia han sido distintos de unos a otros en esos países. Su presencia social no se podría entender bien si sólo se mirase desde la perspectiva de una relación «Estado—Iglesia» conforme con los esquemas habitualmente establecidos. En cambio podría ser bien comprendida si se contemplase dentro de un triángulo de relaciones: «Estado—Sociedad—Iglesia», cuya parte decisiva consistía en la relación «Sociedad—Iglesia». Sólo allí donde la Iglesia ha gozado de autoridad moral y de unánime apoyo social (como, por ejemplo, en Polonia), ha logrado no sólo mantenerse «fuerte» frente al Estado ateo y totalitario, sino convertirse también en la única voz de aquellos que estaban privados de la posibilidad de hablar, asumiendo así el papel de portavoz de la entera nación.

Por el contrario, allí donde existía una sociedad más diferenciada desde el punto de vista de la profesión de fe (Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Repúblicas yugoslavas), y la Iglesia institucional padecía una imagen de cierta ambigüedad (por ejemplo, por ser acusada de colaboración con el gobierno nazi durante la II Guerra mundial), se mostró más débil frente al aparato del Estado totalitario. En todos esos países la Iglesia fue sometida en sentido verdadero y propio a un proceso de exterminio, y a actividades bien organizadas encaminadas a introducir dentro de ella

la división y la desconfianza. Para «salvar lo salvable» la Iglesia se vio a veces obligada a aceptar diversos compromisos que debilitaron cada vez más su autoridad y su prestigio (como en Hungría), o bien hubo de buscar formas de actividad clandestina (como en Checoslovaquia).

Esta herencia del pasado influye sin duda en la situación actual. Las expectativas de las sociedades en todos los países de la Europa central y oriental, aunque con tensiones diversas, están ligadas a la Iglesia. Pero es preciso decir también inmediatamente que la fuerza y la preparación de la Iglesia, para responder a esas diversas expectativas, son también muy distintas de unos países a otros.

3. *Los problemas humanos y sociales heredados*

Actualmente, en nuestra realidad polaca postcomunista existen muchos puntos débiles, que exigen una mejora. Hacer un elenco completo exigiría un largo discurso. Pero, ciertamente, para la Iglesia en Polonia, y no sólo para ella, la «ideologización de la fe» constituye un peligro gravísimo.

Tal ideologización nace del hecho de que en los países del «socialismo real» todo —es decir, la ciencia, la literatura, el arte, la publicística, la religión...— está invadido del pensamiento ideológico en el que hemos sido educados durante el periodo anterior. La ideologización del pensamiento, particularmente evidente en el mundo cultural, está difundida por todas partes. Y tal modo de pensar ha conducido a una instrumentalización de los valores, esto es, a subordinarlos a una escala monolítica de juicio dictada por la necesidad de acción social del momento.

El pensamiento ideologizado aplana la fe. Eso es evidente en la desviación existente entre la religiosidad declarada y la vivida, que deja reducida la vida religiosa al plano de las declaraciones o de las «prácticas devocionales», derivadas a menudo de la costumbre o de la necesidad social. Otro signo de fe ideologizada es la consideración de la Iglesia —y no sólo por algunos neoconvertos, sino también por personas tradicionalmente creyentes y hasta por algunos religiosos— únicamente como fuerza social, dotada de un *status* bien determinado y con posibilidades políticas. Este modo de pensar se encuentra muy a menudo entre los jóvenes que entran en el seminario o en las órdenes. De él se deriva un modo de concebir la Iglesia conforme a categorías puramente organizativas, en las que la norma de acción no es tanto el *sensus fidei* cuanto los intereses del momento.

Otro efecto de la deformación polaca postcomunista es la «privatización de las actitudes morales», lo cual significa que las actitudes morales son consideradas de manera selectiva, es decir, que sólo son aceptadas mayoritariamente las que tiene un carácter genérico, siendo en cambio rechazadas las que exigen una elección algo más ardua y concreta. Los estudiosos polacos de la religiosidad y los sacerdotes empeñados en el trabajo pastoral, afirman que se está dando actualmente entre nosotros el paso de una ética de normas morales rigurosas y absolutas a una ética relativizada. Y eso tanto por lo que se refiere a los valores más ligados a la esfera de lo privado, como a la de lo social. Se trata de un proceso particularmente desarrollado entre los jóvenes. El evidente relativismo moral, que hace de los valores y de los principios morales un asunto puramente privado de cada individuo —cuya libertad es, al mismo tiempo, ampliada al máximo—, puede producir en un futuro próximo efectos negativos también sobre la vida social. Tal relativismo es más evidente en aspectos relacionados con el sexto mandamiento en la vida individual y familiar, con la apropiación indebida de la propiedad ajena, con la mentira y con el arte de «buscar el apaño».

La privatización de la vida social conduce además a una actitud que presupone que cada cual ha de conquistar, obtener, «robar» la propia fortuna, y que la condición del mundo consiste en una lucha egoísta por los propios intereses, en la que vencerán los más fuertes... La imagen resultante es la de un mundo lleno de juicios contradictorios, guiado por la hostilidad y la desconfianza respecto de los demás. Si sólo se puede contar con uno mismo, y si el mundo se muestra no como «bien común» sino más bien como un gran contenedor del que es preciso «arrancar, aunque sea con las uñas, algo para cada uno», entonces el prójimo queda reducido a la condición de contrincante. El efecto más inmediato de esa visión de las cosas es un enfrentamiento premeditado con el mundo entero, porque el mundo de los otros se muestra enemistoso, odioso, dispuesto a despojarnos de cuanto necesitamos y deseamos... Y de ese modo el egoísmo queda convertido en una particular «sabiduría de la vida».

Otra herencia del sistema que está ahora formalmente desapareciendo es el estilo dialéctico de contemplar la realidad y de resolver las dificultades. La dialéctica, modo típico de considerar el mundo y sus problemas desde la propaganda oficial, ha venido a convertirse en disposición estable para buena parte del pueblo polaco y ha sustituido al diálogo —en el sentido más pleno de esta palabra— como modo de alcanzar la verdad y de construir la historia. El pensamiento dialéctico, pues, no caracteriza sólo a cierta teología de la liberación, sino que también se ha hecho presente,

aunque de manera distinta, en nuestra realidad polaca. Basta observar la historia de los años 80 y analizar los conflictos y las discusiones políticas actuales. Enteras naciones están en buena parte contagiadas de este método de pensamiento. La dialéctica como forma de pensamiento y de búsqueda de solución para los problemas sociales está, por desgracia, fuertemente presente en la cultura social del polaco medio, lo cual constituye un evidente desafío pastoral.

La situación socio-política de los países de la Europa central después de 1945, caracterizada como ya hemos dicho por la existencia de un sistema político impuesto y extraño a la mentalidad y a la historia de aquellas naciones, está marcada, como consecuencia de dicha imposición, por una cierta *esquizofrenia social* con importantes repercusiones. El desdoblamiento del *yo social* —empapado de mentira— ha sido transmitido a las jóvenes generaciones. Es una pesada carga introducida, por así decir, como «equipamiento existencial» en la complicada situación contemporánea.

Otro aspecto que se arrastra desde los tiempos de la repartición, de la II Guerra mundial y del poder totalitario de la postguerra consiste en una particularísima disposición, también dentro de la Iglesia, ante quienes ejercen la autoridad. La autoridad es considerada inconscientemente como algo «extraño»; es preciso estar muy atento frente a ella, e incluso exteriormente temerla. Es mejor ser «prudente» al expresar las propias opiniones... Hay que tolerarla, ciertamente, pero si es posible se debe trampear con ella, eludir la norma, buscar el modo de apañarse...

Entre las consecuencias heredadas de la ideología política oficial debe ser mencionada también la difusión, a través de la crítica propagandista del capitalismo, del mito de la justa igualdad de todos. No es preciso demostrar que tal mito es una pura abstracción. Juan Pablo II ha escrito en *Dives in misericordia* que una justicia justa, sin caridad, es capaz de construir también campos de exterminio. Sólo la justicia misericordiosa es creativa.

Un fenómeno cada vez más frecuente en nuestra sociedad es el puede ser denominado «consumismo de deseo», muy diferente del consumismo occidental caracterizado por la supremacía del *tener* sobre el *ser*. En nuestra realidad, por razones conocidas, es difícil realizar el deseo de «tener», pero en la conciencia de aquellos que han cedido a esa tentación habita la idea de que «tener» es sinónimo de felicidad, de sentido de plenitud. Y de ese modo el «consumismo de deseo» esclaviza entre nosotros algunas conciencias, y da lugar a un fenómeno peligroso, pues, al ser algo irrealizable, se enraiza en la conciencia como algo cuya autenticidad es di-



ficil de verificar. Tal «consumismo de deseo» ha sido bien delineado por Toeplitz en su obra: *El hombre de la imaginación de masa*, en la que establece un parangón entre los hombre enfermos de consumismo de deseo y los perros de trineo ante los que cuelga una salchicha olorosa. Ante el aroma, los canes tratarán de alcanzarla olvidando que arrastran un pesado trineo y no cayendo en la cuenta de que la salchicha se aleja continuamente. El consumismo de deseo está, además, coloreado de estereotipos e imágenes epidérmicas, televisivas, acerca de las posibilidades occidentales.

Otra herencia del comunismo que ha de ser todavía vencida es la mentalidad de basar las cosas sobre «alianzas oportunas», y no sobre la verdadera competencia... En el sistema comunista de poder lo que tenía importancia era sobre todo la pertenencia al partido, las alianzas con la nomenklatura... Era nombrado, por ejemplo, director de una fábrica quien contaba con «alguien», quien pertenecía a un determinado grupo...: se podía alcanzar todo si se disponía de las «alianzas oportunas». La competencia no contaba mucho. Tales actitudes han sido el pan de cada día para la mayor parte de la gente, y el proceso de curación será largo.

Arrastramos también como consecuencia de este sistema que está lentamente desapareciendo el «hiperproteccionismo» de un Estado totalitario, dirigido a controlar todo hasta sus mínimos detalles y a decidir sobre todas las cosas, rigiendo casi todas las actividades de los ciudadanos. Este espíritu de hiperproteccionismo estatal ha matado la iniciativa ciudadana dando lugar al desarrollo de actitudes sociales equívocas, caracterizadas por ejemplo por la ausencia de iniciativa creadora, o por la nula voluntad de asumir riesgos por el bien común...

Como ya dijimos, el «socialismo real» ha dejado tras de sí sociedades sufriendas, llenas de desconfianza y de enfrentamientos recíprocos. No siempre será fácil, por esa razón, encontrar el necesario equilibrio entre la misión universal de evangelización —fundada en raíces culturales que refuerzan la identidad cristiana y nacional de una determinada sociedad—, y los particularismos de grupo y de fracciones políticas que buscan en la Iglesia un apoyo para sus propias ambiciones y sus propios fines. Suelen carecer éstos del debido respeto por los otros grupos de la sociedad pluralista, y no digamos si entran en juego los «derechos de las minorías étnicas»...

4. *La Iglesia ante los nuevos desafíos*

Se encuentra la Iglesia, y no sólo en Europa oriental, entre dos extremismos: de un lado los nacionalismos, de otro un universalismo vacía-

do de los valores esenciales que acompañan al verdadero universalismo cristiano. La solución ha de buscarse en la esfera de los valores, y en la capacidad de unir los diversos valores «nacionales» que impregnan el patrimonio cultural de las sociedades; en una palabra, en los verdaderos valores «universales». La aceleración del proceso de integración europea del que estamos siendo testigos, pone en evidencia este problema. Pensemos, entonces, en cómo el totalitarismo marxista ha mutilado el sistema de valores y ha deformado la esfera del *ethos* social. Sus fatales reglas económicas han conducido la civilización a la ruina y al abismo.

La Iglesia es en Europa oriental consciente de la necesidad de recuperar terreno en el camino que conduce hacia la Europa unida. Pero es necesario decir también que, desde la perspectiva de Europa oriental, se ven claramente las debilidades de la Europa occidental. La primera de todas es la frágil unidad basada sobre una economía carente de raíces hondas, y eticamente debilitada. La Europa hedonista y no humanista es, en la práctica, no cristiana... Los antiguos nacionalismos que renacen defienden «el pasado»; los «universalismos europeístas» empujan hacia la unidad, pero privada de un sistema de valores y de una sólida estructura cultural. Se hace necesario, por tanto, proporcionar a esta «gran Europa» una dimensión profundamente cristiana, una dimensión verdaderamente universal fundada sobre un sistema de valores que esté a la altura de las aspiraciones de la persona humana... Si esto es muy importante para los europeos de origen —para que venzan sus patologías sociales y superen trasnochadas estructuras socioculturales—, lo es también de cara a la relación con tantas personas, crecidas en una cultura cerradamente islámica, que siempre en mayor número están llegando a Europa. Es importante, en una palabra, para encontrarse con ese «Sur» que está caracterizando cada vez más a la misma Europa.

El enorme cansancio físico y psíquico de las sociedades de Europa central y oriental, es otra de las dificultades que tienen que afrontar las respectivas Iglesias locales. Tal cansancio, que debilita la vida espiritual y la oración, influye en la calidad de la vida cristiana. La gente, cansada por las preocupaciones cotidianas y, aún más, por la imposibilidad de asegurar las condiciones indispensables para la vida de sus familias, vive en un estado de continua tensión y de *stress*. Pero no sólo las personas y la sociedad padecen ese mal, pues existe también un «cansancio» de los edificios y de las calles: ciudades grises, tono de decadencia, medios de transporte sucios, ambiente ecológico destruido...

Todo eso influye indudablemente en la «calidad» de la vida espiritual. Provoca, por ejemplo, en una pequeña parte de las personas la ten-

dencia a encerrarse en distintos grupos de oración y en comunidades que tratan de vivir un cristianismo más profundo, pero que al estar separado con frecuencia de la realidad social descrita se muestra también, en consecuencia, pasivo y carente de tensión social... En la mayor parte de la gente la situación provoca más bien, en cambio, indiferencia y desinterés sobre la calidad de su vida de fe y sobre el dinamismo de su vida espiritual, tan necesarias para sobrellevar el peso de la existencia y para dar origen a nuevos esquemas de convivencia social tras la liberación del totalitarismo.

Los problemas se complican cuando se considera que los 45 años de opresión han llegado a destruir los mecanismos de la vida social. La gente, que no tiene ya confianza recíproca, no cree en las estructuras de la sociedad ni en lo razonable del trabajo en común; se ha hecho herméticamente cerrada. Durante decenas de años —así lo enseñaba también la dura realidad— la opinión pública afirmaba su aprecio por la familia y la nación, mientras que las estructuras intermedias estaban devaluadas. Es significativo, sin embargo, advertir ahora —cuando ya ha cambiado la situación—, que la gente no se anima a salir todavía de su coraza. Sin una dinámica de vida espiritual, como también sin una dinámica de convivencia social basada en el significado profundo de la comunión en la fe, ese proceso no comenzará y las sociedades de Europa central y oriental se tambalarán por largo tiempo entre las convulsiones de las crisis que deja tras de sí el totalitarismo marxista.

Soy personalmente de la opinión de que en Polonia nos encontramos ante la urgente necesidad de revitalizar las instituciones religiosas y sus respectivos carismas —en ocasiones silenciados por razones políticas—, y también ante la necesidad de conformar una nueva generación de laicado, más auténtico y más pendiente de alcanzar un futuro no lastrado por experiencias o por méritos del combate ante el comunismo. Es decir, un laicado capaz de aportar con imaginación y audacia la perspectiva cristiana en las jóvenes estructuras del naciente Estado democrático, en su cultura, en su estilo de vida, en su sensibilidad socio-política. Nos gustaría poder contar, por otra parte, con un laicado algo diferente del modelo que se ha ido formando en Europa occidental después del Concilio Vaticano II, donde, por lo que parece, aquel maravilloso impulso de renacimiento cristiano se ha visto privado, con el conocimiento de los laicos, de la presencia del clero. Los laicos han asumido diferentes funciones como ayudantes de los ministros en las tareas pastorales de la parroquia (catequistas, monitores litúrgicos,...), pero su actividad ha quedado en cierto modo al margen de la obligación cristiana de construir la vida socio-cultural del propio país en base a los valores cristianos.

Como he tratado de explicar más arriba, la ideología comunista como sistema socio-político y económico ha fracasado, pero ha dejado una gran destrucción en las mentes humanas. Han quedado las heridas que causó, así como también diversos complejos. No obstante, aún pueden verse defendidas en ocasiones las posturas intelectuales que le dieron vida y desarrollo; de ahí que debemos considerar tarea primordial de los creyentes realizar una valiente y honesta reflexión sobre la esencia de dicho sistema, hecha en nombre de la verdad del hombre y de su destino eterno, sin conjeturas políticas. Estoy seguro de que todavía hoy se sostiene la engañosa opinión —a veces la vemos en ambientes católicos— de que ese mundo que ha sido vencido aún podría reconstruirse sobre aquellos fundamentos que dieron origen a la ideología marxista. Una postura como ésta, expresada en algunas propuestas intelectuales, es particularmente peligrosa en nuestra situación postcomunista, pues no parece tomar en cuenta la gravedad de los problemas que traería el revivir del marxismo derrumbado.

De la trágica experiencia del pasado que acabamos de describir, está brotando una nueva época en la que la inquietud por las cuestiones religiosas reviste particular importancia, en especial entre aquellos que tienen experiencia del ateísmo marxista. En esta situación la Iglesia debe hacer un nuevo esfuerzo de evangelización que anuncie el retorno a Jesucristo, Quien no trae sólo una propuesta intelectual o un mensaje moral sino que es el Redentor del hombre y del cosmos, el Dios que se ha hecho hombre para que el hombre pudiese reencontrar su propia dignidad. La Iglesia de hoy en día, aceptando los desafíos de un mundo postmarxista y postconsumista, debe introducir nuevamente a Jesucristo en todos los planos de la actividad humana. Será eso posible cuando reconozcamos la insuficiencia de nuestros esfuerzos humanos y afrontemos con el Evangelio cada acto de la vida cotidiana. La Iglesia debe «impregnar todo el ámbito de nuestra difícil existencia con la conciencia de la sensibilidad cristiana». No se puede descender a compromisos o adaptaciones con la realidad circundante. Es preciso, en nombre de la verdad sobre el hombre —que necesita de Dios como necesita del aire para respirar—, ofrecer a la gente una perspectiva de trascendencia a cuya luz es más fácil reconstruir adecuadamente las estructuras de la vida humana. Sólo así será capaz la Iglesia de enfrentarse a los difíciles desafíos del presente.

Los hombres de fe han de revitalizar en ellos mismos aquel dinamismo evangélico presente en la actuación del Señor en todos los aspectos de la vida. No es aceptable la fractura en las actitudes cristianas. Nuestro cristianismo debe ser pleno en sus instituciones y en la inspiración social.

Debemos obrar con respeto a todas las personas, y también con la firme convicción de que sólo el sencillo testimonio cotidiano de los creyentes es capaz de transformar creativamente el mundo, de cambiar la sabiduría humana, de construir lazos sociales de hermandad y de solidaridad. En esta parte de Europa que nos corresponde la Iglesia debe aportar a la gente —tan deseosa de ser confortada espiritualmente— su servicio sacramental y la verdad evangélica, pues son verdaderamente muchos los habitantes de Europa centro-oriental que necesitan, quieren, esperan y desean tal servicio.

Así pues, alegrándonos por las transformaciones del «otoño del 89» que han cambiado Europa central al quedar rotos los lazos del comunismo, es preciso señalar que aún quedan estructuras sociales, hábitos y actitudes en el modo de organizar la vida y las actividades personales contra las que habrá que seguir combatiendo durante largos años. La nueva situación política de estos países les ha situado ante un gran desafío, no sólo a causa de la profunda crisis económica sino también en razón de la cuestión religiosa.

P. Jan Chrapek, CSMA
Presidente de la Conferencia de Superiores Mayores
VARSOVIA